

3. CONSECUENCIAS

calificamos la MNBR-200 de idealismo político ingenuo.

La ausencia de lazos reales y orgánicos con una sociedad civil en sí misma poco consistente como la venezolana, y la minimización del esfuerzo, personas capacitadas, experiencia...etc., necesarios para hacer funcionar un Estado de las dimensiones y complejidad del existente actualmente en el país, de acuerdo a los ideales y motivaciones éticos sustentados hace muy improbable el éxito de un gobierno surgido de un golpe militar con las características del intentado el 4 de febrero. Es de suponer que así como no existían lazos internos, tampoco estaba prevista la vinculación internacional de un régimen de facto.

Independientemente, pues, de las bolivarianas intenciones de sus líderes, las condiciones internas de Venezuela y las internacionales hubieran empujado al régimen a un autoritarismo represivo creciente, al no poder ofrecer a corto plazo mejoras efectivas en las condiciones de vida de la población o, incluso, verse imposibilitados de frenar su deterioro acelerado y comenzar a manifestarse el descontento social.

LOS MILITARES Y LA DEMOCRACIA

El papel que deben jugar las Fuerzas Armadas en una sociedad democrática es una de las dimensiones de la vida política venezolana que urge reflexionar a partir del 4 de febrero. Las Fuerzas Armadas no pueden seguir siendo una "amenaza" permanente a las instituciones civiles, ni un estamento "aliado" para una dominación de élites privilegiadas con fachada "democrática".

Los miembros de las Fuerzas Armadas, simpatizantes o no del Movimiento Bolivariano, han demostrado interés y sensibilidad por contribuir a la construcción de una sociedad democrática. Dentro de las FAN existe, pues, una enorme potencialidad humana e institucional para avanzar hacia una mayor democracia. Encontrar sus cauces es una tarea que compete no sólo a ellos.

En el manejo de 4 de febrero los militares han demostrado cuánto han avanzado en su capacidad de resolver las crisis por la vía del diálogo y la negociación. Este indicador nos alienta a esperar que su evolución como institución y la conciencia de sus miembros vaya hacia una mayor democratización.

La interpretación bolivariana

3.2

José Virtuoso

El intento golpista del pasado 4 de febrero se autoproclamó como parte de un movimiento militar Bolivariano. Según se ha escurrido entre la opinión pública, el discurso de este movimiento reza más o menos así: la patria agoniza entre el despotismo y la corrupción. La magna tarea a la que somos convocados los venezolanos es a restituírle a ella la ética pública perdida, la majestuosidad ultrajada de las leyes, el imperio destruido de la constitución y la honestidad perdida de los gobernantes. El ejemplo del libertador, quien entregó su vida y arriesgó todo, por salvar a Venezuela es visto por los actores del 4 de febrero como el ejemplo a seguir en estos difíciles momentos. Este bolivarianismo cuenta con muchas simpatías. El país se siente identificado con estos ideales y los reclama también como suyos. Bolívar se ha levantado nuevamente de su tumba para indicarnos el camino político a seguir en estas circunstancias históricas.

Intento analizar en estas reflexiones el resurgimiento del bolivarianismo como ideología explicativa de la actual crisis del país y como orientación práctica de la acción política. Para eso intentaré construir una hipótesis que permita visualizar cómo pudo haber actuado el pensamiento y la figura de Bolívar en el plan del pasado 4 de febrero. En esa hipótesis también intentaré explicar los puentes de identificación que se han tejido entre el bolivarianismo militar y la población expectante. En un segundo momento quisiera responder a estas interrogantes: ¿Tiene algo que decir Bolívar al momento presente? ¿Es su pensamiento un horizonte práctico e imaginativo para reconstruir a este país en ruinas?

LO QUE PROPUSO BOLIVAR

La idea de cambio social en Bolívar está marcada por la idea ilustrada de la regeneración. Según esta idea los

hombres cambian y pueden convertirse y transformarse en su totalidad. Eso posible gracias a saltos cualitativos de la historia a través de grandes revoluciones que convulsionan y cuestionan el orden social establecido y hechan las bases para una vida distinta en sociedad. El hombre nuevo que surge de estos procesos adquiere una nueva fisonomía moral, se transforman sus costumbres, se adquieren nuevos hábitos y se construye una nueva disciplina. En el caso concreto de Bolívar, una nueva sociedad significaba derrumbar nuestro pasado oscurantista, supersticioso, gótico y español para crear el republicanismo cívico.

Republicanism cívico tendría varias acepciones según los lugares y tiempos en que se analice esta expresión. Ciertamente no era el ideal de Bolívar la República de 1810. Esta le parecía demasiado ingenua, coloreada de filantropía, poco eficaz para conseguir sus objetivos. Era un modelo que pretendía un republicanismo fundado en poderes formales pero no reales, que creía en la contundencia de sus proclamas y en el poder de la persuasión interior. Piensa Bolívar más bien en una República políticamente eficaz. Para lograr eso propone un Estado centralizado, institucionalizado y aislado de las pasiones políticas del momento coyuntural. El poder político de ese Estado debe ser guiado por un ejecutivo fuerte. En la República Bolivariana debe predominar la voluntad general sobre la voluntad particular. Las expresiones de esa voluntad general son la constitucionalidad y las leyes, cuyos principios deben ser "venerados" como una religión cívica.

Pero piensa Bolívar que la posibilidad de construir una sociedad con estas características depende de la virtud republicana. Entender este concepto en Bolívar supone revisar el complejo de doctrinas que conforman su pensamiento: Rousseau, Montes-

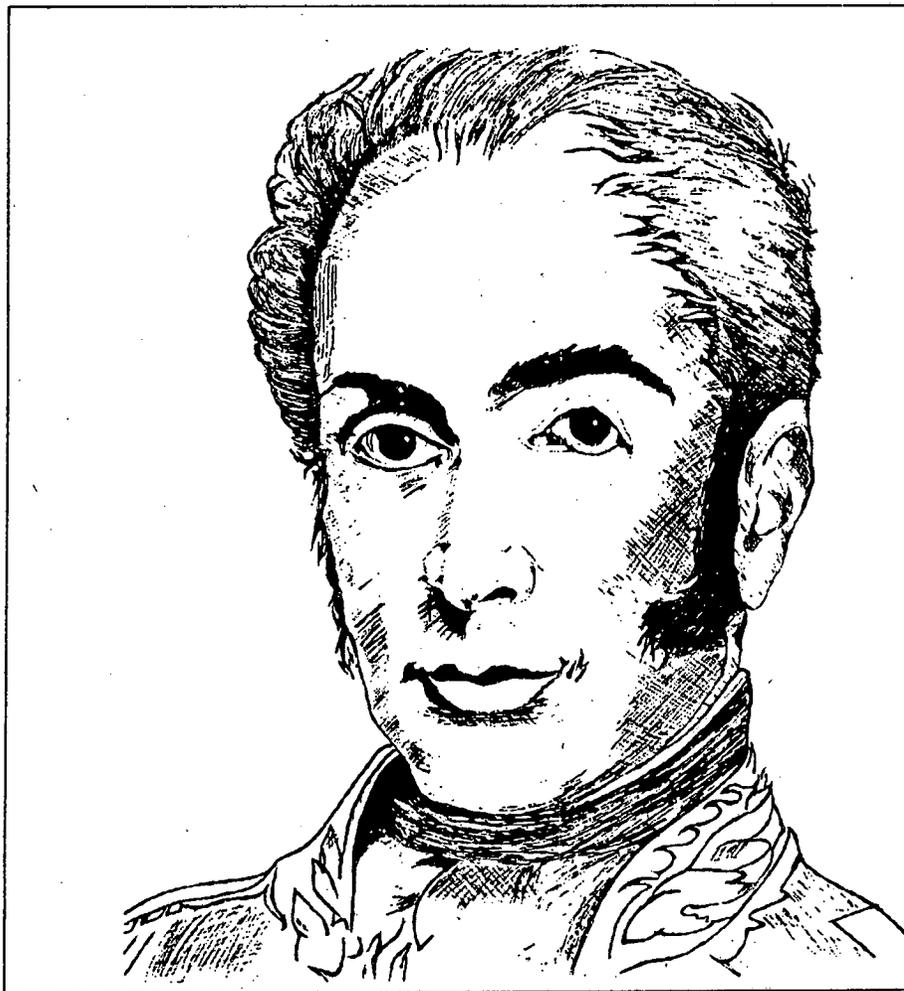
3. CONSECUENCIAS

promesas de tierras y libertad. La organización militar era por consiguiente un instrumento de agregación social y la guerra una gesta práctica de ganar la igualdad y la libertad.

EL REPUBLICANISMO Y LA VIRTUD

Los venezolanos somos hijos del republicanismo cívico por lo menos desde 1810. La primera versión de republicanismo, la llamada patria boba, pensaba que la construcción social de la libertad sería posible gracias al poder contundente de la razón que enarbolaban los criollos. Ese intento es superado por la propuesta bolivariana que fracasa en la ilusión de la Gran Colombia. En 1830 comienza en Venezuela un republicanismo cívico en donde la posibilidad práctica de la libertad reside en la arquitectura constitucional y la gestación del progreso por medio de manos hábiles e industriosas. Ese proyecto se corrompe cuando años más tarde, aproximadamente desde 1848, el republicanismo cívico se pone al servicio de los distintos personalismos que se van sucediendo. La reacción positivista, con algunas excepciones, intentó borrar esa tradición republicana. Según esta corriente, esta tradición no había hecho otra cosa que entretenernos en discusiones estériles, desviándonos de las verdaderas causas que explicaban nuestras realidades. Pero a pesar del "estúpido siglo XIX", acudiendo a la frase de Laureano Vallenilla Lanz, el republicanismo cívico no murió. Muy al contrario, fue resucitado por cierto romanticismo de los proyectos políticos modernos del siglo XX.

De forma que en el sustrato de nuestra cultura política actual resuenan con gran fuerza imaginativa expresiones como patria, libertad, república, virtud, sacrificio, intentando explicar nuestras acciones y orientarlas. Quizás lo más asumido colectivamente de la tradición cívica republicana sea la unión entre política y moral. La credibilidad del sistema político pasa necesariamente por la dignidad ejemplar de sus personajes, se anhela que las funciones públicas se realicen como servicio honesto. Resulta inconcebible comprender a alguien que dice amar la república sin



quieu, Locke, Hume, etc. Sin embargo se puede decir, sin lugar a dudas, que para él el fundamento de la moralidad consiste en saber colocar siempre la ley positiva como árbitro supremo. El apego a la ley y su respeto será virtud. El virtuoso es el que está dispuesto a poner toda su pasión al servicio de la constitucionalidad. Esa virtud tiene que convertirse en afectividad y sentimiento: el hombre no se debe a sí mismo, se debe a la Patria, por eso está dispuesto al amor sin límites por ella hasta llegar al mismo sacrificio. La motivación de fondo que anima esta propuesta social es el deseo práctico de vivir en libertad. Una libertad plasmada de tal forma que posibilite la felicidad del género humano y la coincidencia del individuo y de la sociedad consigo misma. Y este es en preciso el problema republicano: ¿cómo pensar la libertad para sacar provecho de todas sus virtualidades, sin caer en los eminentes peligros de su aventura?

Pero Bolívar no sólo se contentó con exponer su ideal cívico republicano. El también construyó una teoría de los medios para alcanzar este fin.

La guerra y un ejército potente constituyen el camino para domar e inclinar la pasiones hacia la libertad. Una vez constituida la república se mantiene la alternativa de utilizar la dictadura como medio para volver las aguas a su cauce cuando éstas se desembocan. Es importante detenerse aquí. Bolívar piensa en la institución militar como un actor decisivo para el cambio social. Creo que en él hay dos razones claras para tomar esta opción. En primer lugar, la convicción de que la domesticación de la historia se hace por medio de la fuerza y la violencia. Los enemigos de la república sólo entienden por la vía de la coerción. Esta es su convicción desde el Manifiesto de Cartagena. En segundo lugar, está la percepción bolivariana de que en su momento histórico la organización militar era la que abrigaba en su seno las semillas del nuevo orden. En efecto, la voluntad general no se podía lograr con instituciones que sólo representaban la voluntad particular de los criollos. La institución militar era un instrumento que permitía el ascenso y la movilidad social, la que estimulaba la lucha gracias a las

3. CONSECUENCIAS

practicar la virtud del apego a la rectitud de las leyes. Desde este modo de pensar la política es que se puede entender por qué se repudia con tanta vehemencia la corrupción y por qué existe en el país una rabia incontenible hacia los gobernantes cuando estos se muestran insinceros y mentirosos.

Pero el republicanismo cívico no sólo está en el hombre común de la calle. Está también en la mente de los gobernantes, de los líderes políticos y de las oligarquías. Ocurre entonces lo más paradójico y enervante a la sensibilidad. Los gobernantes reclaman honor desde su manifiesta indignidad, las oligarquías llaman a la virtud desde sus canales de televisión, los líderes políticos convocan al sacrificio y a la lealtad sin avalar su llamado con el testimonio. De esa forma el republicanismo se vuelve contra el republicanismo exigiendo justicia. Lo más sagrado de la religión civil se siente profanado en sus mismos templos y por sus mismos sacerdotes. Surge la indignación esperando ser satisfecha.

4 DE FEBRERO Y BOLIVAR

Cotejemos ahora a Bolívar con el 4 de Febrero de 1992. Desde este transfondo republicano, un grupo de militares, hasta donde se sabe el grupo llega hasta una generación, tuvo la libertad de pensar que el sueño de Bolívar es la utopía para esa gran mayoría indignada. El republicanismo se podía hacer justicia a sí mismo apelando a uno de sus máximos exponentes y defensores. La utopía contaba además con los medios: militares, la posibilidad de la guerra y la dictadura. En efecto, como en tiempo de Bolívar, ocurría ahora que dentro de la organización militar existían las semillas del ansiado nuevo orden. Concretamente sus cuadros jóvenes, que formados en el espíritu republicano mantenían la pureza del ideal. Ellos sí saben de honor, sacrificio y virtud. ¿Por qué no hacer partícipe al resto de la sociedad de estos beneficios? Pero los canales normales a través de los cuales se podría impulsar este proyecto están cerrados. El sistema no tienen posibilidad de reforma desde sí mismo. Hay entonces que hacer la

guerra para domesticar las pasiones sociales hacia la virtud política y utilizar el recurso republicano de la dictadura como mal necesario para volver a Venezuela a sus cauces.

Además Bolívar suministra la imagen de héroe que necesita en estos casos. Hace falta ser héroe para lanzarse a la aventura de restituir la virtud política. El historicismo bolivariano cuenta con todas las cualidades para justificar los intentos heroicos. Por historicismo bolivariano entiendo aquella visión de la historia que el mismo Bolívar nos legó y que nos ha llegado gracias a los historiadores patrios. Bolívar concibió la historia como una marcha ininterrumpida por la libertad y el progreso. Esa marcha es una fuerza mayor que los hombres, por eso tiene la virtud de arrastrarlos hacia su curso inexorable. Bolívar se concibió así mismo como juguete de la fuerza histórica de la libertad. El tribunal de sus acciones será el desenlace de los procesos históricos. Su heroicidad consiste en ponerse al servicio de la marcha ininterrumpida de la libertad aún pasando por los trágicos momentos de no ser entendido por nadie. Pero gracias a esa apuesta suya por la libertad, en medio de las dificultades, él se ha constituido en el padre por el que hemos podido transitar la ruta de nuestra fundación como nación hasta ahora. Por eso Bolívar habla hoy. Construir la nación es responder a nuestra obligación de hijos suyos. Ser héroes en esta tarea es apostar por el éxito de la libertad en medio de la tragedia de no ser entendidos.

Pero el pueblo también necesita héroes. La imaginería popular necesita sus símbolos humanos que le inspiren confianza y valor. Se necesitan hombres, que de vez en cuando, actúen como el mesías esperado. La fanfarria republicana se ha dedicado abundantemente a proporcionarnoslos, lástima que la gran mayoría de ellos son sólo cenizas depositadas en el Panteón Nacional.

Los militares del 4 de febrero se vistieron pues del heroísmo de Bolívar, esgrimieron la utopía republicana y decidieron aplicar los medios consagrados por él para hacerla realidad. La población que despertó con el golpe y siguió su curso durante el día martes sintió que llegaban los ansiados héroes, que la república podía volver a ser moral, y que Bolívar se levantaba de su tumba para volver a darnos lecciones.

BOLIVAR Y NOSOTROS

Bolívar y nosotros estamos muy distantes en el tiempo. Su propuesta republicana y de cambio social está limitada al marco de sus circunstancias. Es una verdadera ilusión del lenguaje intentar expresar con su imaginario nuestra propia realidad. Las palabras y los conceptos no son atemporales. Ellos tienen su referente concreto de sentido y significado. El reto de construir el país no puede consistir en trasladar el pensamiento a través del tiempo sino atrevemos a tener la libertad y el coraje de pensar para hoy, para nosotros. ¿Cómo unir virtud y política? ¿Qué es el honor en la democracia? ¿Cómo lograr que la voluntad general se imponga a la particular? ¿Cómo lograr el respeto a lo público? Estas preguntas que surgen desde el fondo de nuestra cultura republicana tenemos que pensarlas y responderlas hoy.

Para responder actualmente a estas preguntas no podemos dejar lado las deficiencias de nuestro sustrato republicano. Quizás nuestras continuas vueltas al pasado a la hora de regenerar nuestro republicanismo actual se deba en el fondo a que no hemos superado ese modelo, resultando así que la restauración del paso en el presente no hace más que repetir los antiguos vicios. En efecto, tanto en el pasado como en el presente nuestro republicanismo no ha superado la desigualdad. El mismo Bolívar, pensó en la institución militar como medio para imponer la voluntad de la mayoría sobre la voluntad particular. Pero una vez concluida la guerra entregó la república a los criollos. Nuestro republicanismo no ha superado el liberalismo. El presidente Pérez se puede sentir orgulloso de haber radicalizado el esquema liberal que nuestros padres fundadores nos legaron. Las perniciosas consecuencias del esquema liberal están a la vista en la historia de Venezuela. Tampoco ha superado nuestro republicanismo al personalismo político. Se dice que la gran victoria de la república liberal entre 1830 y 1848 fue lograr poner el personalismo al servicio del proyecto republicano, pero a fin de cuentas tuvo que contar siempre con el personalismo. Ese personalismo nos ha impedido siempre soñar con las posibilidades de la democracia plena de participación.

Dejemos a Bolívar tranquilo, aprendamos de los errores de nuestro republicanismo y atrevámonos a pensar con libertad su regeneración.